

El año 2005 nos permitió celebrar los cincuenta años de *Des prêtres noirs s'interrogent* (1955), arranque y génesis de una consideración teológica hecha por negroafricanos; los diez años de *Ecclesia in Africa* (1995); los diez años de la muerte de uno de los preclaros teólogos africanos, el camerunés y jesuita Engelbert Mveng. Pensamos por ello que es necesario que la Iglesia y los teólogos hagan un alto y se pregunten dónde estamos y cuáles son los desafíos hodiernos que dificultan la real pregustación desde aquí y ya de las mercedes escatológicas.

Dónde estamos

Si los autores de *Des prêtres noirs s'interrogent*, inspirados muchos de ellos por los movimientos de la Negritud y de *African Personality*, trabajaron porque África hablara de sí misma, padres y hermanos mayores como el cardenal Malula, Vincent Mulago, Anselme T. Sanon, Rafael M^a Nzé Abuy, John Mbiti, E. Mveng, F. Kabasele, etc., se esforzaron por hacer posible y efectiva una teología de la inculturación, ya que sólo una fe que se hace cultura puede ser abrazada sin grandes traumas (Cf. *Evangelii Nuntiandi*, n^o 20). Por tanto, había que hallar los ámbitos de encuentro entre las culturas de los pueblos de África y el Evangelio, y limar y purificar aquellos aspectos donde las costumbres autóctonas obstaculizan la penetración del mensaje de Cristo. Huelga decir que se trataba y se trata de una doble labor de inculturación: el Evangelio llega a África envuelto y ceñido de la cultura occidental. Por eso, antes de abrazar el mensaje cristiano, contrastándolo con nuestras culturas, es y era también imperioso e ineludible distinguir lo occidental del Evangelio. Pues éste no se identifica con ninguna cultura.

Y la vida seguía su curso, y los propios negroafricanos iban y van descubriendo que la inculturación del Evangelio no significa ni atañe exclusivamente el ámbito litúrgico; que reducir la inculturación del Evangelio a las ceremonias litúrgicas puede

llevar a una simple folclorización del culto, puede llevar a no tener en cuenta al hombre y a la mujer que se expresan en los gestos, a no desvelarse ni interesarse por las congojas, los gozos, los sueños y por el «grito del hombre africano» (Jean Marc Elá).

La inculturación es también profecía y liberación (Cf. EN, 29-30), así lo han entendido teólogos como Albert Nolan, Desmond Tutú, J.M. Elá, Ká Mana, etc. Porque una religión, una iglesia que hace que el pueblo cante y alabe a Dios mirando sólo al cielo, sin «tener lástima de la multitud» hambrienta, desorientada y desesperanzada, sin dejarse afectar por el llanto del pueblo... es simplemente una religión inhumana, una iglesia carente de la fuerza y del corazón del espíritu divino.

Mientras continuaba y continúa el éxodo del pueblo africano hacia la casa del Padre, intentando dar pasos propios, fue necesaria una reflexión de la Iglesia como Iglesia-Familia. Fue urgente porque uno de los ejes característicos de la eclesiología de la *Lumen Gentium* era la comunión. En el Sínodo africano del 94 los obispos hacen suya esa concepción eclesial del Vaticano II, cambiando comunión por familia. Con «familia» se toca mejor la sensibilidad africana; con el término «familia» se exhortaría a la reconciliación entre los muchos hijos de África que se encontraban y se encuentran enfangados en las guerras intestinas y étnicas, llenos de odio los unos contra los otros. Fue imperioso y vital hablar de la Iglesia como familia, ya que con ella se podía profetizar mejor; denunciando las injusticias y la corrupción; con ella se podía y se puede anunciar y augurar un tiempo de gracia y de paz, la paz del Señor para los hombres. En este sentido, y a pesar de algunas *prudencias* y complicidades, la Iglesia se hacía, además de profética, un lugar de reconciliación y de paz, un sitio de descanso y ámbito para recrear ilusiones en muchos hombres y mujeres hastiados y exhaustos por el peso de tantos infortunios existenciales.

Algunas tareas

El siglo XXI ha traído para África grandiosos y loables signos de esperanza: el cese de metrallas en algunos países como Angola, Liberia...; celebración de elecciones democráticas en territorios como Burundi; Sudáfrica y Nigeria mediando procesos de reconciliación entre los propios africanos como en Costa de Marfil; una mujer, Ellen Johnson-Sirleaf, ganando elecciones presidenciales como recientemente en Liberia... Todo eso y mucho más revela que los propios africanos podemos y queremos caminar por sendas de libertad, de paz, de justicia, que son igualmente signos del Reino.

Sin embargo, a pesar de estos signos de esperanza, en África sigue pesando la cruz de las inestabilidades políticas, la corrupción en casi todos los estamentos sociales, las enfermedades curables e incurables. África sigue siendo en estos años de Aldea Global la bella desconocida y rechazada cuando no olvidada y anquilada; un continente verde, preñado de vida y de riquezas, pero donde campean a su antojo el hambre y la muerte; una tierra de calor que en los campos de refugiados pasa frío, sufre el invierno de la pateras y las inclemencias de la inmigración. Dijo una vez Felipe González, ex presidente de España:

el éxodo de los africanos hacia Europa se parece al forzado de los siglos XVI y XVII por el esclavismo. Claro que ahora, se podría decir, vienen porque quieren. Pero no es verdad, o no es al menos la verdad que los mueve por millones. No pueden dejar de querer si la madre África es para ellos madrastra y los expulsa por hambre o abandono, por razones de miseria o por razones políticas. Nadie, salvo los pocos amantes irredentos de una vida aventurera, se desarraiga porque quiere (en *El País*, 11-11-2005).

¡Sorprendente!... Pero África canta, baila, lucha por sus sueños al son de los tamtam porque su canto es esperanza, la esperanza de que Dios no abandona a sus hijos.

Creemos que a todo eso la Iglesia, los teólogos y la teología tienen una palabra que pronunciar; ellos tienen la vocación y la misión de transmitir a los hombres la sabiduría divina, la teosofía, sobre todo en las noches oscuras de la existencia, cuando los hijos de Dios gimen y sufren el aparente desconsuelo de su siempre Amado. Esta es la razón por la que pensamos que en África hoy se ha de decir a la gente que:

1. Dios ama a África y a cada uno de los africanos. Que Dios, *Zama* (en fang), esa fuerza misteriosa por la que nos movemos, vivimos, existimos y soñamos ilusiones, es sobre todo amor. Que nunca ha dejado abandonada a su creación, ni a los hombres, su imagen y semejanza, ni a los más humillados, sus predilectos. Precisamente, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a Jesucristo, quien se sometió incluso a la ignominia de la cruz.

En la sabiduría africana sabemos que el buen-hermano-mayor representa al buen-padre, no le importa morir por sus hermanos. Jesús es nuestro hermano-mayor ante Dios-Padre. Él es Dios, el Cristo, el hermano-mayor que nunca falla. Él es el hijo de María que se hizo maldito en una cruz porque recuperásemos todos nuestra alianza amorosa con Dios.

2. La Iglesia es el cuerpo de Cristo guiado por el Espíritu Santo y los sucesores de los apóstoles. Ella es la nueva familia de Dios congregada por la Trinidad y en nombre del Dios unitrino. En ella todas las razas y todas las tribus tienen cabida y viven en comunión. Una de las tareas importantes en las iglesias africanas es el afianzamiento de la colegialidad intra-diocesana, una colegialidad efectiva, afectiva, fraterna y de mutuo respeto de los obispos para con cada uno de los hijos que Dios ha puesto es sus manos, presbíteros, diáconos, religiosos y laicos, incluso los no-cristianos.

La relación de los obispos y párrocos con los cristianos no debería desarrollarse como muchas veces hacen los gobernantes de este mundo y de nuestra África con sus súbditos.

El que sea primero que se ponga el mandil, el buen pastor es el que se interesa apasionadamente por el nombre y vida de cada uno de sus hermanos, y les sirve y les lava los pies. El pastor no es tanto porque se le besa el anillo o la mano, ni por la cantidad de reverencias que recibe, ni porque viva cómoda y reservadamente en su palacio; el buen pastor es el que se sabe como decía San Agustín: «para vosotros soy obispo, y con vosotros soy cristiano», hermano; un hermano que celebra, con-goza y con-sufre con sus prójimos.

¿Hay que revisar en África el modelo del celibato presbiteral de la Iglesia? ¿Habría que estudiar para ello, si se creyera que sí, el modelo de la iglesia católica oriental? Se trata de un tema abierto, y quizás fronterizo, que se ha de reflexionar y ponderar seriamente, con mucha delicadeza y con tacto evangélico.

3. En África, desde tiempos inmemoriales, los religiosos han dado y entregado sus vidas trabajando denodada y oblativamente porque Dios sea conocido, amado y alabado en muchos de los pueblos y aldeas africanas. Se puede decir hoy que las iglesias africanas son tales por la inmensa labor realizada por los misioneros y misioneras venidos de otras tierras. Afinar las relaciones entre el clero nativo y las congregaciones y misioneros que vienen a colaborar es una empresa a cuidar; y en ciertos aspectos, a sanear:

La vida religiosa es y tiene su sentido sólo en y desde la Iglesia universal y local, carismática y jerárquica, divina y humana. La vida religiosa camina con Cristo en la Iglesia, ella es de la Iglesia. El obispo en su diócesis —por supuesto con sus colaboradores— es quien marca las pautas y los acentos pastorales. Los apostolados oportunistas, paralelos y marginales del conjunto y de la comunión diocesana sólo por y para beneficios congregacionales o individuales, no sólo dañan el testimonio eclesial, sino que también merman su credibilidad y su unidad. Sin embargo, es también importante que el obispo y su clero respeten desde el amor sincero y fraterno la justa autonomía de la vida religiosa y de los misioneros.

4. En África no se entiende una familia donde no esté integrado el elemento femenino y maternal. En libros como *Mujeres, Tradición e Iglesia en África*¹, se va explicitando esta idea, gracias a las reflexiones de mujeres y teólogas africanas como Teresa Okure, Mercy Amba Odoyoye, Musimbi R.A. Kanyoro, etc. De la mujer depende la fecundidad y la manifestación del rostro y calor afectivos de la familia. Ella es la que sabe operar revoluciones liberadoras con su sí amoroso y sin alardes. Una revolución como la de María, que con su sí amoroso en una aldea de Nazaret, dio a luz a la salvación de todos. Ella es la que sabe ver pronto y estar atenta a las necesidades de cada uno de los miembros de la familia, como la Virgen María en las Bodas de Caná; ella es la que sabe guardar en el corazón cada uno de los acontecimientos, sea sencillos, sea importantes de la familia; ella es la que sabe estar ahí, al pie de cualquier cruz de la familia al desvanecerse la hombría de los varones-discípulos y de Pedro.

Pensamos que es ya la hora de que la mujer, en las iglesias de África, empiece a formar parte de algunos centros de decisión de las curias diocesanas, a fin de que, entre otras cosas, complemente y equilibre posturas de varones, muchas veces carentes de notas de sensibilidad y de afectividad apostólicas. Esta integración efectiva y sin recelos de la mujer; no sólo será un bien para las iglesias, sino que será un grito profético para nuestras sociedades, en las que muchas mujeres siguen padeciendo vejaciones machistas, llevando ellas incluso la peor parte de las consecuencias después de que los hombres hayan provocado sus embrollos y conflictos por ambición de poder y de dinero.

5. Dios se expresa también en la creación. En la creación el Creador ha dejado su huella y su virtud, por eso todo el cosmos es camino a través del que se puede llegar al conoci-

¹ Verbo Divino, Pamplona, 2003.

miento mediato de Dios. Por otra parte, hay que decir que toda la creación fue puesta en las manos del hombre, bajo su responsabilidad y para su favor: El someter y dominar la tierra del Génesis (Gn 1, 28) nunca indica el aniquilamiento de la creación y de los ecosistemas. Nadie tiene el derecho de hacer de la creación divina lo que le venga en gana, ella es de Dios y es sagrada. La tala indiscriminada y criminal de los árboles ¿a cuántos hijos de Dios deja sin los beneficios curativos de las plantas y árboles del bosque? ¿A cuántas especies de animales silvestres extingue por no tener ya un hábitat adecuado? ¿Cuánto sentido de misterio, tan necesario para los hombres, se esfuma?

Por otra parte, habrá que decir a voz en grito a los países industrializados y a nuestros gobernantes que el Tercer Mundo no es ningún estercolero de sus residuos tóxicos. Los últimos desastres y catástrofes naturales y ecológicos como el *tsunami*, pasando por los huracanes Katrina, Rita, el caso de Costa de Marfil, etc., son un toque de alarma al respeto hacia la creación. Dominar inteligente y equilibradamente la creación es apostar por el ser humano, es también apostar por Dios, quien ocultamente se revela en la naturaleza.

Con nuestra reflexión —y nada de soluciones— sólo queremos señalar algunos aspectos que pueden ayudar a todos a encarar algunos desafíos del Evangelio en África. Por eso pensamos que habrá que decir y hacer vivir desde las comunidades de base que la Iglesia es la nueva familia de Dios reunida por hombres y mujeres de razas y tribus distintas para adorar y alabar a Dios. Por eso una teología de la familia en las iglesias de África es la que sabrá, con un lenguaje apropiado y contextualizado, poner de relieve y en alza todos los elementos y valores constitutivos de la familia que estén acordes con el Evangelio de Jesucristo; una teología que entienda que el canto y el baile a Dios de cada uno de los cristianos es también un clamor de liberación inspirado por el Espíritu Santo y dirigido y liderado por el obispo-buen-pastor; a fin de que toda la sinfonía eclesial sea un verdadero salmo a Dios y un

testimonio eficaz y de esperanza para el mundo. Una teología, en fin, que sabe que el canto eclesial será armónico en tanto y en cuanto no se olvida de las primaveras y de los padecimientos de la creación y de los ecosistemas.

Traemos aquí unas palabras de Engelbert Mveng que pueden ser una pista de entendimiento de todo lo que hemos intentado decir en esta reflexión:

El orden político-económico del mundo actual es un desafío arrogante que se le lanza a la cara a la Iglesia. Ésta no podrá cumplir ya dignamente su propia misión sin poner de manera radical en tela de juicio el orden político-económico y las estructuras de pecado que conducen el mundo. No basta únicamente con derribar las murallas de Jericó, se impone sobre todo levantar contraestructuras que sean capaces no sólo de neutralizar los efectos de las estructuras de pecado, sino, además, que estén en condiciones de poner en pie a los cristianos del Tercer Mundo para seguir a Cristo liberador y convertirse ellos mismos en liberadores de sus hermanos. (*Itinerarios de la teología africana*, Verbo Divino, Pamplona, 2001).

2. Algunas reflexiones sobre familia Bantú, Iglesia y Trinidad

El valor de la persona (*Mbot*) en la cultura bantú, como ser-relación, es un prólogo, una puerta de entrada para la cuestión que nos toca abordar. La persona no es *Etam-Mbot*, es esencialmente social, y la familia es este primer marco en el que el ser humano encuentra su realización. A la hora de tratar este tema, es también importante señalar ya desde el principio que la inculturación es una exigencia eclesial de todos los tiempos. Pues la iglesia no es tal al margen de su vocación-misión: «id por todo el mundo y haced discípulos míos, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Y de manera más contundente lo expresa así Pablo: «ay de mí si no evangelizare». ¡Ay de la Iglesia si no predica la Buena Nueva de Jesucristo!

El Evangelio, la verdad de Cristo, es novedad siempre perenne. De aquí que la tarea evangelizadora ha de contextualizarse en el espacio y en el tiempo, haciendo suyas las categorías socio-culturales y religiosas (después de ser purificadas) para vehicular el mensaje cristiano. Estas categorías y ámbitos existen en cualquier cultura del mundo. Por eso el evangelizador ha de estar atento, escrutando los signos de los tiempos, para descubrir las semillas del verbo que están insertas y plantadas por el mismo Dios en la cultura donde va a llevar el Evangelio: «como camino hacia una plena evangelización, la inculturación trata de preparar al hombre para acoger a Jesucristo en la integridad de su propio ser personal, cultural, económico y político, para la plena adhesión a Dios Padre y para llevar una vida santa mediante la acción del Espíritu Santo» (*Ecclesia in Africa*, 62. 59).

Una de las preguntas que hemos de hacernos previamente a la hora de estudiar este tema es la siguiente: ¿de qué familia bantú nos referimos? ¿de la familia bantú clásico-tradicional, o la familia bantú enmarcada ya hoy en los hábitos de globalización y de sueños cibernéticos? Por otra parte, ¿de qué Iglesia hablamos cuando al sustantivo antepone el determinante *LA*? ¿estamos queriendo indicar con ello a la iglesia local o tenemos inminente la universalidad eclesial? Dejando atrás esta serie de interrogantes, necesarios para perfilar nuestro análisis, pensamos que el objetivo es hallar tanto en la familia bantú como en la iglesia destellos trinitarios.

Creemos pertinente, igualmente, señalar que con este tema se pueden adoptar dos caminos metodológicos distintos, pero no por eso divergentes. Sin la convergencia corre el riesgo de caer en los reduccionismos teológicos. Se puede hacer, por tanto, una *teología teológica*, una *teología desde arriba*. Es decir, partir de la vida trinitaria y así iluminar o poner en el escaparate los valores de la trinidad a fin de que tanto la familia bantú como la iglesia los tomen como modelos para conformar sus vidas. Pero este método teológico lleva en sí el peligro del extrinsecismo, todo viene hecho

desde arriba, aun cuando el protagonismo divino es más patente.

El otro camino es la teología *desde abajo*, la cual nos llevaría a analizar las costumbres de ser bantú y eclesial y ver en estas costumbres cuáles son las que podríamos llamar como *logos spermatikos* (semillas del Verbo). Aun cuando es Dios mismo quien gratuitamente pone en el corazón de los hombres y en el alma de las culturas estos pequeños gérmenes de divinidad, el antropocentrismo o el etnocentrismo pueden eclipsar aquí el papel de Dios, quien sigue siendo el protagonista.

Nuestro trabajo está repartido en cuatro apartados. Terminaremos con una conclusión que será la expresión a voz en cuello de nuestras esperanzas de koinonía.

Comunión y familia bantú

«Las culturas africanas tienen un agudo sentido de la solidaridad y de la vida comunitaria» (*Ecclesia in Africa*, 43). La familia bantú es originariamente comunitaria. Esto tiene su punto de partida en el hecho de que el ser bantú es una ser-en-comunidad, fuera de la comunidad no es. Para el bantú, parafraseando el principio eclesiológico, *fuera de la comunidad no hay salvación*: «esta fuerza que nace de la sangre –dice Miguel Cambarros– no encuentra paralelo en ninguna otra civilización»². La razón es sencilla, y nos las da Vincent Mulago diciendo: «el bantú es una ser que no existe más que en la comunidad y para la comunidad»³. Matiza en el mismo sentido el teólogo camerunés E. Mveng: «el individuo que expresa al hombre como mónada no constituye una persona. No es más que un proyecto de persona (...) La verdad es que el individuo, en cuanto individuo, no es más que una rama

2 Miguel Cambarros, «Dios en África. Valores de la tradición bantú», Mundo Negro, Madrid, 2000, p. 27.

3 V. Mulago, *Un visage africain du christianisme*, Paris, 1965, p. 113.

muerta desgajada del tronco vivo de la comunidad. El individuo no ha sido sacrificado, sino que está llamado a acceder al estatuto de persona».

La familia bantú está lejos de la concepción europea de familia (padre, madre e hijos). La familia bantú es mucho más amplia. Entre los *Ndowe*, afirma Virginia Fons en la revista *Oráfrica*, que «los antepasados forman parte del mundo real. Están presentes en el mundo de los vivos y los *ndowé* lo demuestran en sus actos más cotidianos»⁴. Esta amplitud y ensanchamiento familiar puede notarse en la organización sociopolítica, por ejemplo entre en los fang. El P. Jesús Ndong MBA-NNEGUE lo encuentra en lo que él llama como «cuatro o cinco círculos familiares», *Nda-bot* (casa de personas, familia inmediata), *Nvok-bot* (reunión de los *Nda-bot*), *Ayom-bot*, linaje o agrupación de varios *Nvok-bot*, *Etunga-bot*, y el *Ayong-bot* o clan. Éste último, en opinión del P. Jesús, constituye la estructura básica general de la sociedad fang⁵.

Hemos hecho algo así como un retrato de la sociedad negro-africana. Pero podemos decir que esta estructura koinónica que hemos descrito en la familia bantú, la cual hunde sus raíces en la constitución ontológica de los afro-bantú, ha sufrido considerables cambios, incluso cualitativos (ejemplo: *la concepción que se tenía del búho como ave de mal augurio, no todos los niños y jóvenes bantú⁶ la siguen teniendo*). No podemos ser ingenuos pensando que la familia y cultura bantú siguen permaneciendo inmutables y estáticas. Eso sería un «*parmenideísmo* cultural», y eso mismo chocaría con el dinamismo esencial de la cultura, y de cualquier cultura. Tampoco puede pensarse que el hecho cultural lleva inherente un «*pantareísmo*», debido a las influencias exógenas que constantemente

4 Virginia Fons, «Concepto de persona en África central», en *Oráfrica* 1 (2005) 21.

5 Jesús Ndong Mba-Nnegue, *Los Fang. Cultura, sociedad y religión*.

6 Queremos insistir en el hecho de que *bantú* es un término de por sí ya plural, y no hace falta decir «bantúes».

recibe. Es decir, que todo fluye y nada permanece constante en la cultura y tradición.

Pensamos que los antropólogos y sociólogos deberían decirnos qué ha permanecido hoy en la familia y cultura bantú, y qué elementos han sufrido permutaciones. En definitiva, pienso que actualmente hemos de buscar una nueva descripción del ser bantú, si no corremos el riesgo los pensadores y analistas de hacer una teología de la inculturación en el siglo XXI, en la era de la cibernética, con elementos anacrónicos y trasnochados, con unidades culturales que a lo mejor para el bantú de hoy ya han perdido o están perdiendo significación.

Iglesia-familia, Iglesia-comunión

La Constitución dogmática sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*) nos ofrece en su n° 6 varias imágenes de la Iglesia. En el n° 7 habla de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, lo cual nos trae a la memoria una de las encíclicas de Pío XII, *Mystici Corporis*. Pero lo sorprendente y llamativo es que el Concilio dedique todo un capítulo, el segundo, al estudio y reflexión de la Iglesia como Pueblo de Dios. Algunos teólogos y comentaristas del concilio han señalado este hecho como verdadera «revolución copernicana» en la eclesiología católica.

De todas maneras, es necesario dejar ya claro con A. Dulles, que «los modelos sirven, por un lado, para sintetizar lo que sabemos de la Iglesia; por otro, son instrumentos de descubrimiento que nos permiten alcanzar nuevas visiones teológicas. Permiten sintetizar un cierto aspecto del misterio de la Iglesia y nos aproximan a su realidad histórica; su correspondencia con el misterio que quieren representar es siempre parcial. Iluminan sólo determinados aspectos»⁷.

Aun cuando algunas voces empiezan a solicitar ya un nuevo concilio para la Iglesia, en el post-concilio se ha pasado de la

⁷ A. Dulles, *Modelos de Iglesia. Estudio crítico de la Iglesia en todos sus aspectos*, Santander, 1987.

Iglesia-Pueblo de Dios a la Iglesia-comunión. La metáfora «Pueblo de Dios» ha entrado en crisis, pues «para unos se convierte en la quintaesencia de una visión antijerárquica de la Iglesia; para otros, una promesa vacía»⁸. Sin embargo, el paso de una eclesiología «pueblo de Dios» a la eclesiología de comunión no eclipsa la fundamentalidad de la primera. El Pueblo de Dios sigue siendo una categoría eclesiológica fundamental. Su crisis hoy refleja y es consecuencia de la tensión inicial en el momento de elaborar la *Lumen Gentium* entre los partidarios de la Iglesia «sociedad perfecta», por tanto jerarcológica, y los que conciben la Iglesia como Misterio, algo más societaria.

Mutatis mutandis, pienso que esta última concepción basada en lo sacramental refleja mejor la intención matriz del concilio. La estructura de la *Lumen Pentium* nos la razón cuando después de la reflexión de la Iglesia como misterio, como sacramento de la trinidad, antepone la teología de la comunidad (capítulo II) a la teología del ministerio ordenado y jerárquico (capítulo III).

«La eclesiología de Comunión es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio», así declaraba la *Relatio Finalis* del Sínodo extraordinario de los obispos de 1985. Se dejaba así de manera oficial la noción de la Iglesia-Pueblo de Dios.

La eclesiología de Comunión parte del principio de que la Iglesia es Misterio e imagen del misterio trinitario. La Iglesia, como lo ha sabido expresar Bruno Forte es «*icono de la Trinidad*», *imago et sacramentum trinitaris*. Y el misterio trinitario es sobre todo misterio de relación (San Agustín), misterio de *Circumincessio*.

«La eclesiología de comunión –asevera el profesor Madrigal– ha dado muy buenos frutos; especialmente, en la recuperación de la idea de iglesia local, de la sinodalidad y de la

8 Madrigal, Santiago, SJ, *Vaticano II: Remebranza y actualización. Esquemas para una eclesiología*, SalTerra, Santander, 2002, p. 252.

colegialidad, así como la llamada teología y eclesiología eucarística»⁹.

No es de extrañar, por tanto, que los obispos africanos, reunidos en Sínodo en 1994, articularan toda una eclesiología entorno al concepto de «Familia». Con «familia» se llega mejor al corazón de los africanos, sobre todo si analizamos el contexto en el que se encontraba África. Léamos qué dice el n° 63 de *Ecclesia in Africa*:

El sínodo no sólo ha hablado de la inculturación, sino que también la ha aplicado concretamente, asumiendo como idea-guía para la evangelización de África la de Iglesia como familia de Dios. En efecto, la imagen pone el acento en la solicitud por el otro, la solidaridad, el calor de la relaciones, la acogida, el diálogo, la confianza...

La conclusión a la que podemos llegar hasta ahora es que la familia bantú y la Iglesia convergen en el hecho de la comunión. Si la familia bantú está ligada en una comunión de carne, gracias a la consanguineidad, la comunión y asamblea eclesial está unida por lazos espirituales, una comunión por Cristo, en Cristo y para Cristo. Y esta es la comunión por excelencia: un solo bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, una sola fe, un solo Señor por quien estamos creados y para quien estamos destinados.

Lo que salta a la vista actualmente en los estudios eclesiológicos es que la eclesiología de Pueblo de Dios y la eclesiología de comunión están funcionando como verdaderos paradigmas que impugnan radicalmente una eclesiología jurídicista y jerarcológica, la cual ve a la Iglesia como una sociedad de clases, una sociedad cuasi-feudal. Según Santiago Madrigal, y nosotros estamos de acuerdo con Él, el sustrato de las imágenes Pueblo de Dios y Comunión ha de seguir siendo la perspectiva sacramental y mística. Se evita o se evitaría de esta ma-

⁹ *Ibíd.*, p. 262.

nera los peligros sociologizantes y democratizantes de la Iglesia¹⁰: la iglesia es teocrática, cristocrática.

La perijóresis: Dios es familia

«Dios es amor» (1Jn4,8.16). Esta es la expresión más honda, teológicamente hablando, que encontramos en el *corpus joánico*. Ella refleja la quintaesencia misma de toda la fe y revelación cristianas. El monoteísmo cristiano, no es un monoteísmo parmeneideo, monolítico, incomunicado, solitario... Nuestro monoteísmo es *político* y familiar. Donde hay amor, hay comunidad, relación, amor. Y «sólo el amor es digno de fe». Así nos lo dice Von Balthasar:

Las relaciones amorosas que existen entre las personas trinitarias son el fundamento y paradigma para toda comunidad humana: el Padre, engendrando al Hijo le comunica todo lo que es, y de esta íntima relación entre el Padre y el Hijo (paternidad, filiación), procede el Espíritu Santo.

La comunión en la Trinidad no desfigura ni cosifica de ninguna manera la personalidad «entitativa» de cada una de las personas. La perijóresis trinitaria significa, pues, la solidez de la unidad esencial en la diversidad de personas. De aquí que, aunque las acciones *ad extra* sean de los tres por esa unidad esencial, unidad de intención y de corazón, cada cual tiene una operación específica y apropiada, *cada cual lleva su nombre...*

Pensamos, por tanto, que fue un gran acierto que el Concilio Vaticano II situara a la Iglesia en el marco del misterio y comunión trinitarios, y no en ningún claustro de perfección. La trinidad nos ayuda a rechazar una mentalidad de Iglesia monárquico-piramidal, una mentalidad de Iglesia de clases sociales. La Trinidad nos ayuda a rechazar cualquier clase de dictadura y opresión.

La Trinidad nos ayuda a centrarnos en una iglesia en la que la diversidad de ministerios y de carismas, gracias al Espíritu

10 *Ibíd.*, p. 269.

Santo, brota de una unidad, igualdad y dignidad fundamentales por el bautismo y por la pertenencia a una misma familia. Martínez de Ilarduía lo afirma de esta manera:

la Trinidad se ofrece como respuesta correctora y fecunda no sólo a la pregunta ¿de dónde viene la Iglesia?, sino también a la de «¿qué es y qué está llamada a ser la Iglesia?» Entender la Iglesia como comunión, es una llamada a superar su reducción clerical, que había llevado, en la práctica, a concebir su realidad articulada en la separación de géneros de cristianos, los clérigos y los laicos...¹¹.

¡Queremos ser familia!

Hemos señalado anteriormente que en nuestro proceso de inculturar y contextualizar el Evangelio de Jesucristo en nuestra cultura y en cada uno de los sectores del quehacer de las personas, no podemos dejar de soslayo las permutaciones sociales y culturales. La cultura bantú ha cambiado, ha perdido o está en camino de perder algunos de sus valores esenciales. Pero tampoco puede negarse que haya ganado o que esté ganando otros valores, gracias al contacto con otras culturas.

Algunos pensadores han caído en un gran pesimismo viendo sin salida la crisis en la que está enfangada el hombre africano. Prefiero ver al hombre africano negro-bantú, y aquí nosotros, como en una búsqueda para situarse en este gran maragnano de la Aldea Común. Todas nuestras sociedades, algunas más que otras, están sumidas en situaciones de crisis, y crisis de valores socio-religiosos, lo cual nos ha llevado a lo que se ha llamado «pobreza antropológica». Ciertas alarmas de peligro manifiestan claramente esta inquietud.

¹¹ Perijóresis. *Dios comunión de personas, modelo de toda comunidad*, Ed. Frontera, Vitoria, 2000, p. 67.

a) Crisis de nombre

En la familia trinitaria cada una de las personas tiene nombre. Por el nombre sabemos que el Hijo mantiene una relación de filiación con el Padre, y este nos manda que le escuchemos porque es el Logos. El nombre es por tanto el sello de identidad individual y cultural. En este caso puede decirse: «dime cómo te llamas y te diré si eres varón o mujer; si eres bubí o bisio».

Práxedes Rabat, antropólogo, Julián Bibang, filólogo¹², nos advierten de la crisis de identidad del guineoecuatoriano en los nombres. El primero nos señala en sus análisis cómo los nombres femeninos de nuestra cultura bantú se están perdiendo, sobre todo entre los Ndowé y bubis. Mientras que el Profesor Bibang, por su parte, lamenta la poca importancia que se le da a la significación de los nombres. Por eso se puede encontrar a personas que se llamen Esperanza-Oyana, Constantino o Constanza Mban, Pedro Akogo, etc.

No queremos hacer con este análisis una apología de la africanización al estilo de Macías ni al estilo de Mobutu con su *filosofía de la autenticidad*. Nosotros queremos hacer ver que al formar parte de una cultura y familia universal como es la Iglesia o como es la globalización, hemos de entrar en ella con nuestro nombre y personalidad cultural.

Por otra parte, todos sabemos que el nombre es signo de inmortalidad en la cultura bantú: morir sin que se recuerde tu nombre es morir para siempre... Por eso pienso que los pastores y guías de las comunidades cristianas nos tenemos que preguntar: ¿qué hacemos cuando estamos administrando el sacramento del bautismo? ¿bautizamos u occidentalizamos? A lo mejor Mobutu y Macías tenían en esto algo de razón (el caso de los que se bautizaron sin nombres occidentales en el régimen de Macías). *La Iglesia en tiempos primitivos* —dice Hans Küng— *se hizo griega con los griegos, romana con los romanos,*

12 Sus artículos fueron publicados en las revistas *El árbol del centro* y en la extinguida *África 2000*.

bárbara con los bárbaros, pero no se ha hecho negra con los negros, ni india con los indios, ni árabe con los árabes. Eso es un poco exagerado, pero refleja cierta verdad.

Hemos puesto sobre el tapete la cuestión de los nombres, ya que nos parece esencial a la hora de trabajar y afianzar la comunión y el diálogo dentro de cualquier comunidad. Nunca puede haber una relación de koinonía y de amor con alguien *sin-nombre*. Es difícil que haya una verdadera inculturación donde previamente se ha arrasado y borrado una cultura y los nombres de las personas (*el caso de los annoboneses, por ejemplo*).

b) La crisis del Abaha

En la última epopeya cantada por Eyí Moan Ndong (*Angon Ndong Elée*), se refleja esto que llamo *la crisis del Abaha*: una de las personas de Eyina Mba Mikú deja de ir al Abaha, lo cual preocupa seriamente a toda la población de Engong. ¿Por qué se preocupa todo el pueblo? Angon con su gesto rompe la comunión con los demás, la comunión clánica y familiar.

El abaha es una institución nuclear en el pueblo fang-bantú, es el centro de comunión de toda la familia y de todo el pueblo. En Guinea Ecuatorial empieza haber ya, sin embargo, pueblos sin abaha. Y si hay abaha ya no reúne todas sus condiciones, o ya lo dirigen los presidentes del consejo de poblado, quienes no son en muchas de las ocasiones los Jefes del clan. Esto es inquietante. Y pienso que la Iglesia no debería dejar perder este gran valor cultural ¿no era el Abaha, no es, en este caso, una especie de «pequeña iglesia», como lo es la familia, «iglesia doméstica»?

c) Síndrome de Caín, Síndrome de Babel

«¿Dónde está tu hermano? ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?»...

Porque el abaha está en crisis, porque la comunión se ha quebrado, por que el amor que Dios ha puesto en nuestros

corazones constituyéndonos metafísicamente en seres *amorosos* se ha eclipsado y oscurecido, el sacramento del hermano y del prójimo ha entrado también en crisis; la pentecostalidad ya no tiene sentido, pues cada cual habla en su lengua y no nos entendemos: *síndrome de babel*.

Hemos querido señalar sólo estos tres desafíos, pero se podría encontrar otros en nuestro contexto como el *síndrome de la infidelidad* a los compromisos. Por eso estamos de acuerdo con Jean Marc Elá cuando dice: «Debemos buscar una nueva manera de estar en el mundo, en una coyuntura en la que el surgir de los centros urbanos, de las zonas industriales y el éxodo rural, etc, debilitan los fundamentos de los focos culturales tradicionales»¹³. Esta búsqueda de nuevas maneras no quiere decir echar al barranco los valores, éstos han de ser situados en las nuevas circunstancias.

«Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo –nos dice el Evangelio–; luz de amor y de comunión; sal para infundir sabor y esperanza en la vida de los hombres y mujeres» ¿y si la sal se vuelve sosa?

Nuestra Iglesia está en crisis, crisis de iglesia. Muchas de las diatribas intraeclesiales o intradiocesanas no son más que la manifestación de lo que algunos de nosotros ya hemos dicho a Dios: no somos el guardián de nuestros hermanos, y si son obstáculo para el hinchamiento y satisfacción de nuestro yo personal, les silenciamos mandándoles al ostracismo, les *quitamos el nombre* o simplemente les matamos aun cuando no les quitamos la vida: *síndrome de Caín*.

La crisis de nuestra Iglesia, crisis de iglesia, crisis de familia, significa que queremos ser dioses, queremos competir con él, por eso Dios tiene que hacer nuestra voluntad; y como cada cual quiere ser Dios, cada congregación quiere ser Dios, empieza la vida de los prejuicios, la vida de la sospecha, la filosofía del *ande yo caliente y ríase la gente*, la introducción en la iglesia de sistemas KGB... La razón es sencilla, nuestra crisis es

13 *El grito del hombre africano*, Ed. Verbo divino, pp. 171-172.

como la crisis de la comunidad de los corintios. Por eso es acertado el título de una nota del Mons. Juan Matojo a su comunidad diocesana, *Tiempo de congoja, tiempo de plegaria*. Pero pienso que la plegaria ha de ser acompañada hoy en nuestra iglesia con alguna cita sinodal diocesana o interdiocesana para buscar todos juntos caminos de comunión.

La vuelta al Abaha

La Iglesia de Guinea Ecuatorial, como otras de las Iglesias africanas, es una iglesia que sueña... sueña porque lleva en sí muchos elementos y factores de vida *cubiertos de polvo*; sueña porque quiere vivir mejor el Evangelio, porque quiere reflejar efectiva y afectivamente una *martiría significativa* de Jesucristo en el mundo; sueña porque muchas notas de comunión están todavía dormidas.

Nuestra iglesia sueña porque es una iglesia enamorada de Dios, por eso canta en la Noche Oscura de los místicos: *Adón-de te escondiste Amado/ y me dejaste con gemido/ como el siervo huiste habiéndome herido/salí tras ti corriendo y eras ido/pas-tores los que fuerdes allá por las majadas del otero/ si por ven-tura vierdes a Aquel que yo más quiero/decidle que adolezco peno y muero...* (San Juan de la Cruz).

Con esta nuestra reflexión queremos mostrar cómo la Koinonía tanto de la familia bantú como de la familia eclesial son el reflejo de la koinonía originaria y primera de la familia trinitaria. Por ser primera y fontanal, es modelo y paradigma de cualquier comunidad humana y política, sobre todo para la Iglesia.

En nuestro éxodo eclesial, es necesaria siempre una mirada a la trinidad, una mirada de adoración, una mirada enamorada para hacernos con los frutos que continuamente emergen de la familia unitrina. Una mirada acostumbrada a adorar; a contemplar el hecho de la *primera kénosis*, acostumbrada a adorar el Amor; no puede sino mirar amorosamente todo lo que le rodea: mira amorosamente porque descubre en los

otros, en las otras culturas *campos de inmanencia* que abajan su fundamentalismo y narcisismo espiritual y carismático.

De aquí que diga Leonardo Boff: «cuanto más bebe la Iglesia de su fuente eterna, que es la comunión trinitaria, por la que los tres Distintos se unifican y son un solo Dios, tanto más superará las divisiones internas, dejará de ser clerical y laical y se transformará en un espacio de relaciones igualitarias, en un pueblo de Dios, de verdaderos hermanos y hermanas al servicio del reino de la Trinidad»¹⁴.

La vuelta al Abaha significa, para nuestra sociedad y para la Iglesia, *reconciliación* (tema del próximo Sínodo de Obispos Africanos, la parábola del *hijo pródigo* y del *hijo orgulloso* en el evangelio según San Lucas), la vuelta al Abaha significa comunión, la vuelta al Abaha nos lleva a darnos la paz entre los hermanos, nos lleva a la mesa común, nos lleva a la Eucaristía, *Sacramentum caritatis*, donde muchas veces recitamos esta oración:

que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor; de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando (...) Haz que nuestra Iglesia de Guinea Ecuatorial y de África se renueven constantemente a la luz del Evangelio y encuentren nuevos impulsos de vida; consolida nuestros vínculos de unidad para que seamos, en medio de nuestro mundo, dividido por las discordias y desamores, instrumentos de unidad, paz y justicia, sacramentos del amor de Dios (Cfr. Plegaria Eucarística V b/d)

Termino este capítulo con algunas palabras de Juan Pablo II a nuestra Iglesia de Guinea Ecuatorial, en las personas de nuestros obispos, que a mí me parecen muy edificantes e instructivas con respecto al tema de nuestra reflexión:

14 *La Santísima Trinidad es la mejor comunidad*, Paulinas, Colombia, 1991, 79.

la historia del pasado siglo en vuestro país, dolorosa en algunos aspectos, dejó consecuencias dolorosas cuyos efectos negativos hay que corregir; tanto en campo eclesial como social (...). En este sentido, es importante que vosotros, queridos hermanos, y con vosotros vuestros colaboradores, seáis ministros de la reconciliación (cf. 2Co 5,18), para que el pueblo que os ha sido encomendado, superando las dificultades del pasado, avance por los caminos de la reconciliación entre todos sin excepción. El perdón no es incompatible con la justicia... (Discurso del Papa Juan Pablo II a los Obispos de Guinea E. en visita «Ad limina», sábado 15 de febrero de 2003).

3. De camino hacia el segundo sínodo africano

A más de una decena de años de la celebración de la primera asamblea sinodal de los obispos africanos en Roma en el año 1994, está anunciado ya el segundo sínodo para África. El tema de reflexión versará sobre el servicio, el compromiso y la responsabilidad de la Iglesia en la consecución de la reconciliación, la justicia y la paz en el continente negro.

La lectura de los *Lineamenta* preparados y presentados para tal acontecimiento muestran que esta segunda asamblea de obispos africanos será indudablemente una profundización de la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Africa*. Es desde ésta, y a partir de la Palabra de Dios y la sabiduría de los pueblos y culturas africanos, donde se buscará la solución a los múltiples problemas con los que se enfrentan los africanos de hoy.

Pienso que con el enunciado del tema, *Al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz*, los obispos nos están queriendo decir que no basta por sí sola la imagen de la *familia* para explicar el misterio de la Iglesia, hace falta llenar de contenidos concretos y vitales a esta significativa intuición, carne y hueso de nuestras culturas, a fin de que adquiera así su gran peso específico: ¿cómo entender una familia donde los miembros no pueden vivir en paz y gozar de la alegría fraterna (*el síndrome de Caín*), y donde muchas veces no se respetan y se concul-

can fácilmente los derechos inalienables de las personas? ¿cómo se puede hablar de familia donde se cometen graves injusticias a los hijos de Dios y no pasa nada?

Mi padre no hizo mal a nadie, no era político ni le gustaba la política, era un simple campesino. Se le encontró en la finca un día y se le mató descuartizándolo a machetazos, simplemente por ser de otra etnia... ¿cómo ofrecer perdón si nunca ha venido alguien ante mí dándose golpes de pecho, pidiéndome perdón? Padre —decía limpiándose las lágrimas que de sus ojos caían— perdonar no es tan sencillo.

Palabras estremecedoras de una joven africana. La cuestión de la reconciliación es unos de los temas puntiagudos hoy en el continente africano, pero al cual podemos hallar salida si ponemos todos un poco de voluntad.

Contexto de la celebración

El II Sínodo Africano va a tener lugar cuando muchos de los niños supervivientes que fueron naciendo en los campos de refugiados de la zona de los Grandes Lagos en 1994 irán cumpliendo 15 años. Toda una generación marcada por la más cruel estigmatización del odio y de la intolerancia y de falta de amor en los albores del siglo XXI. Muchos de ellos sin haber recibido en calor y el afecto de sus padres. Otros nacieron para morir al instante, a lo mejor porque la madre estaba ya tan escualida de hambre de pan y paz que no tenía leche para poder amamantar al fruto de sus entrañas. Y así millones de niños, sin contar los millones de hombres y mujeres.

Cuando los padres sinodales estarán tratando el tema de la reconciliación, la justicia y paz en África, posiblemente la prensa internacional y los gobiernos de los grandes países del mundo prefieran tener todavía oculto el holocausto que se está produciendo en el inmenso país de la República Demo-

crítica del Congo, por ejemplo. El caso de Kenia, como el de Costa de Marfil en su día, nos siguen sorprendiendo: unos países estables y ejemplo para otros que, en un abrir y cerrar de ojos, vimos envueltos en baños de sangre y luchas fratricidas. Nos sigue sorprendiendo igualmente el reciente caso de Chad, desde el cual descubrimos que muchos de los conflictos en África son planeados y bendecidos por estados democráticos de Occidente con el beneplácito de sus títeres africanos ávidos de poder.

Durante el encuentro de los obispos africanos, me imagino que se tendrá todavía fresca en la memoria la encíclica *Spe Salvi* de Benedicto XVI. África es el pueblo de la esperanza, así lo muestran muchos de los proverbios y dichos de sus aprendidos de sus ancianos y sabios, así lo muestran sus hijos ante los avatares de la vida, saben que mañana puede ser mejor y que el bien está siempre detrás de los sufrimientos, se impone por tanto la paciencia, la ciencia de paz, la paz interior que ayuda a encarar las adversidades con cordura. Esta esperanza es una esperanza que brota de las fuentes mismas de la Resurrección de Cristo, donde la muerte y cualquier signo de no-vida quedaron finalmente aniquilados por las fuerzas de la Vida: una esperanza que nace de Dios y de su Palabra salvadora y libradora.

He aquí porque hombres y mujeres, sacerdotes y obispos, misioneros y misioneras valientemente asesinados por luchar y defender el gran valor de la humanidad serán llamados en este Sínodo profetas y mártires de la esperanza.

Nos acordaremos también de hombres de la talla de Nelson Mandela (y el proceso de la Verdad y Reconciliación emprendido en el pueblo sudafricano para llegar a la convivencia entre las razas y las etnias), Alpha Omar Konare, Mwalimu Julius NYERERE, éste último primer presidente de la Tanzania y uno de los padres de África independiente. Se ha aprobado ya el inicio del proceso de la causa de su beatificación —interesante noticia para los gobernantes y políticos africanos de hoy—. Alguna vez dijo Nyerere:

desearía encender una candela y ponerla en la cumbre del monte Kilimanjaro
para que iluminara más allá de nuestras fronteras,
dando esperanza a los que están desesperanzados,
poniendo amor donde hay odio,
y dignidad donde antes había humillados.

Estos y otros acontecimientos jalonarán nuestra memoria y el pensamiento de nuestros pastores y líderes espirituales durante el sínodo, y desde ellos se fraguará un canto de esperanza que pueda ser acogido, orado y danzado en cada uno de nuestros pueblos ansiosos de encontrarse con el rostro resplandeciente, vívido y vivificador de Dios.

La recepción de *Ecclesia in Africa*

En el Primer Sínodo africano (10 de abril al 8 de mayo, 1994) se reflexionó sobre la misión evangelizadora de la Iglesia en África, es decir, *la Iglesia en África y su misión evangelizadora hacia el año 2000: seréis mis testigos* (Hch I, 8). Y el 14 de septiembre fue publicado *Ecclesia in Africa*. De esta fecha hasta la actualidad, las iglesias locales y las conferencias regionales han ido acogiendo en sus reflexiones y oraciones las orientaciones apostólicas que emanan de *Ecclesia in Africa*. Un ejemplo de esta recepción es la reflexión que hicieron en Malabo los Obispos de la ACERAC sobre el papel de la Mujer en la sociedad y cultura africana y en la Iglesia, y sus dificultades.

Desde Guinea Ecuatorial pienso, sin embargo, que la Iglesia en África no podrá cosechar los frutos deseados de los Sínodos y muchos de los encuentros de reflexión de nuestros obispos y autoridades eclesiales si no se hace llegar a los cristianos y a los laicos y seglares las orientaciones de dichas asambleas. Es necesario incluso preguntarles, presentarles las cuestiones de los *Lineamenta* para que sean trabajadas y analizadas y ser meditadas en sus oraciones. Los laicos y los seglares son los que más encarnan eso de la «iglesia en el mun-

do». Por eso es siempre un riesgo hacer todo por y para el pueblo, pero sin el pueblo, sin los fieles de a pié. La preparación de un Sínodo y su posterior recepción no es asunto de algunas personas o de algunas comisiones de las curias diocesanas, es de toda la Iglesia local con sus parroquias y éstas con sus capillas y asociaciones y grupos que la forman.

Leyendo los *Lineamenta* preparados para el próximo Sínodo africano se nota que será primero un profundo examen de conciencia y un balance de *Ecclesia in Africa*: ¿qué supuso para los africanos, cada cuál en su contexto? ¿qué hemos hecho, cuáles han sido los aciertos y cuáles las dificultades? ¿qué queda por hacer?

¿Un sínodo sobre la Doctrina Social de la Iglesia en África?

En *Engong*, pueblo legendario y mitológico de la cultura *béti-bantú* (o *fang*), se cuenta que el sacerdote *Yomgang* una vez dio la espalda al pueblo a causa de la depravación y relajación moral, y el pueblo se quedó a oscuras. Y la oscuridad significa desgracia, perdición. Cuando volvió la vista al pueblo, regresó la luz, la vida. . .

La experiencia del pueblo de la Biblia también nos muestra que el pecado, el alejarse de la voluntad de Dios, llevó siempre a los israelitas a la perdición. Pero Dios estuvo siempre ahí ofreciéndoles la misericordia, la renovación de la alianza. Por otra parte el Dios de la Biblia en ningún momento estuvo o ha estado indiferente al dolor de su pueblo, a las penas de los más débiles e indefensos.

Los gritos del pueblo de Israel, esclavizado en Egipto, no le dejan al Señor tranquilo. Por eso se forja un hombre, Moisés, para liberar a su pueblo de las garras del Faraón (Ex 3,7ss). Pasando por los hombres, siervos e instrumentos suyos, el Señor ha buscado siempre el bien de cada un sus criaturas. La experiencia de los profetas llama poderosamente la atención. Si analizamos la misión de Amós, el llamado profeta de la justicia social, y otros profetas, comprenderemos cuán grande es la solicitud divina (Am 2,6-7; 5,21-27; 8,4-14).

Jesús mismo, a lo largo de su misión, se nos presenta como Aquél que ha venido para que todos los hombres tengamos vida. Él es el camino, la verdad y la vida; y la paz que Él nos da, no nos la da como la da el mundo, en simples declaraciones para luego seguir matando. El nos da la verdadera paz.

La Iglesia durante sus dos mil años de historia ha ido tomando cada vez más conciencia de esta tarea de estar al lado del pueblo para la consecución del bien-estar y armonía de toda la creación de Dios. Por eso los gozos y las esperanzas, las angustias y las tristezas de los hombres afectan y han de afectar a la Iglesia, a toda la Iglesia. Precisamente rezamos por esta misma Iglesia para que sea en todo momento y en cualquier circunstancia un recinto de verdad, de amor, de libertad, de paz y de concordia, a fin de que todos los hombres encuentren en ella un motivo para seguir creyendo, amando y esperando.

La responsabilidad moral y evangélica de la Iglesia (sus lides espirituales, primero, y luego todo el pueblo de Dios) en los asuntos temporales es tan seria que no puede ponerse al margen en ningún solo instante. Los graves asuntos sociales de injusticia, desigualdades económicas, los salarios indignos, la crisis de nuestros ecosistemas y la tala salvaje de nuestros árboles, el hambre, el sida y otras pandemias, la inmigración y los niños soldados y los niños de la calle, la marginación de la mujer, etc. Todo eso y más son cuestiones que afectan al hombre, destinatario de la buena nueva de Jesucristo: el Señor me ha enviado a sanar los corazones desgarrados y anunciar un tiempo de paz y de esperanza para el mundo... (Cfr Lc 4).

Y en esta nuestra empresa de anunciar la salvación a los pobres, pienso que no se trata de ser la voz de los sin voz como a muchos nos encanta decir; se trata más bien rescatar la voz de aquellos a quienes los poderes de este mundo han obligado a vivir como si fuesen mudos. Estamos obligados a profetizar proféticamente el *Éffeta* de Jesucristo a fin de que a fin de que cada cual pueda libremente hacer uso de sus facultades. Es muy peligroso crear y cultivar en nuestras acciones pastorales actitudes paternalistas de dependencia, las

cuales no favorecen que los cristianos sean adultos y tomen responsablemente ellos mismos las decisiones. El buen pastor es el que busca y lleva a los buenos pastos, y las ovejas mismas se comen, el pastor no les pone las hierbas en la boca.

Esta es la misión de la Iglesia, la responsabilidad de toda la comunidad, pero una comunidad guiada por sus líderes espirituales. Por eso cuando la Iglesia no hable, su no-palabra ha de ser testimonial e interpeladora en su profecía vital y existencial diaria y ordinaria; por eso los silencios de «prudencia» diplomáticamente calculados para no meter la pata o por conveniencia son un grave pecado de la Iglesia ante Dios y una falta de responsabilidad en la misión. Y la misión de la Iglesia no es del todo fácil, lleva inherente muchos momentos de getsemaní y de gólgota, de martirio, a través de los cuales se ha llegado a la gloria, a la esperanza salvadora.

Pienso, por tanto, que el segundo Sínodo Africano será una nueva y una perfecta oportunidad para la toma de conciencia de los obispos africanos y todos los cristianos africanos sobre los temas de la Doctrina Social de la Iglesia. La Iglesia-Familia que peregrina en África se resiste a ser únicamente una Iglesia de cantos de *ntonobée* y de largos y suculentos ofertorios, de tambores y de danza, quiere ser una Iglesia que ofrezca un sacrificio agradable a Dios, una Iglesia que quiere reconciliarse primero con el hermano antes de compartir la mesa del Señor (Cfr. Is 1,10-20), una Iglesia que estime al hombre en todas sus dimensiones, espirituales y corporales.

En el documento *Iustitia in Mundo* del Sínodo General de Obispos de 1991 encontramos dicho lo siguiente: «vemos la actuación por la justicia y la participación en la transformación del mundo como una dimensión constitutiva de la proclamación del Evangelio, o, en otras palabras, de la misión de la Iglesia para la redención de la raza humana y su liberación de todas las situaciones de opresión». Descubrimos que no es por tanto nueva esta preocupación de la Iglesia.

La Iglesia-Familia de África se resiste a ser una Iglesia de masa, de hombres y mujeres anónimos y sin personalidad

propia dentro de la universalidad eclesial, dentro de las comunidades diocesanas y parroquiales; hombres y mujeres que no saben cuáles son sus derechos y obligaciones como bautizados en una comunidad-sociedad a la que pertenecen sacramental y jurídicamente. Para un cristiano adulto en la fe no basta, no debería ser suficiente ir a misa un domingo y nada más. La Iglesia-Familia no es un mercado a donde sólo voy para buscar lo que me interesa y me beneficia a mí, es la comunidad del compartir; donde comparto lo que soy, mis alegrías y penas. La Iglesia está fundada en la donación total del Señor Jesús.

Cuando la Iglesia-Familia africana se está preparando para reflexionar sobre sus desafíos y problemas más acuciantes en un segundo sínodo, una de las más apremiantes urgencias que emergen a partir del tema a tratar es la formación del laicado (se está celebrando en este año el xx aniversario de la Exhoración Apostólica *Christefideles Laici* de Juan Pablo II), sobre todo a los laicos comprometidos en los asuntos de la *cosa pública* y de la administración del bien común de sus naciones. Los políticos necesitan tener claro y asumidos en conciencia los principios cristianos y eclesiales que han de ser la base de sus actuaciones y decisiones políticas. «La política es el ejercicio de la máxima caridad», ya dijo un pensador. Por tanto un ámbito desde el que se puede alcanzar el cielo, la santidad.

África precisa cada día que pasa, y más que ayer, de políticos honestos y creíbles, comprometidos en la búsqueda de la realización y promoción de cada uno de los hombres y mujeres de sus pueblos y naciones. Se trata de que todos los cristianos con responsabilidades públicas, sociales y eclesiales vayamos siendo cada vez más fieles a cada una de nuestras vocaciones delante de Dios y a la vista de los hombres, nuestros hermanos. Así podremos dar un rostro nuevo a este nuestro cosmos envuelto en un caos cada vez alarmante; nuestra fidelidad y compromiso para el bien de África y el de toda nuestra Aldea global, permitirá que podamos celebrar

un día *la vuelta al paraíso*, y entonar con el profeta Isaías el canto del armonioso designio de Dios:

Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, un vástago brotará de sus
[raíces.

Sobre él reposará el espíritu del Señor:

No juzgará por apariencias, ni sentenciará de oídas.

Juzgará con justicia a los débiles, sentenciará a los sencillos con
[rectitud;

herirá al violento con la vara de su boca,

con el soplo de sus labios matará al malvado.

Habitará el lobo junto al cordero, la pantera de tumbará con el
[cabrito,

el ternero y el leoncillo pacerán juntos; un mucho cuidará de
[ellos;

el niño de pecho jugará junto al escondrijo de la serpiente,

y el recién destetado meterá la mano en la hura del áspid.

Nadie causará daño en todo mi monte santo,

porque el conocimiento del Señor colma esta tierra como las
aguas colman el mar (Is I, 1-8).

Concluyo con algunas de las palabras del Santo Padre, Benedicto XVI, a los jesuitas en 35 Congregación General, las cuales pienso pueden referirse a toda la Iglesia, y a los Obispos y cristianos de África: «(...) la iglesia tiene urgente necesidad de personas de fe sólida y profunda, de cultura seria y de genuina sensibilidad humana y social, de religiosos y sacerdotes que dediquen su vida a situarse justo en esas fronteras (*Dios y hombre, fe y saber humano, fe y ciencia moderna, fe y compromiso por la justicia*)¹⁵ para testimoniar y ayudar a comprender que existe una armonía profunda entre fe y razón, entre espíritu evangélico, sed de justicia y laboriosidad por la paz. Sólo así será posible dar a conocer el verdadero rostro del Señor a todos los que hoy les resulta escondido o irreconocible».

¹⁵ El paréntesis es mío, para indicar las fronteras de las que habla el Papa.